

# EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III

31 de mayo de 1890

Núm. 135

## LA CAZA DEL JABALÍ



—Buen sitio para comer  
sin alimañas, muchacho.

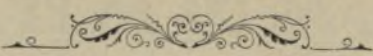
Ve tú por leña ligera  
mientras yo la recia traigo.



—Aquí está la leña, padre.  
No ha vuelto aún? Pues le aguardo,

y prepararé la hoguera,  
que el hambre me está aguijando.





## UN RATO DE CHARLA

---

**V**oy á hablar contra la *Agricultura*.

Quiero decir que voy á hablar contra la *asignatura* denominada de aquel modo.

¡*Risum teneatis!*, como escriben los redactores de sueltos políticos. ¿*Risum teneatis?* (con interrogación), digo yo. ¿Mandar que los niños aprendan la agricultura entre las cuatro paredes de un aula? Ni al que pensó en asar la manteca (que lo que es asarla ya os juro yo que no lo consiguió en manera alguna), ni al que pensó en asar la manteca se le ocurre dislate semejante.

Si no recuerdo mal, esto de la agricultura fué cosa de la Revolución de Setiembre; pero convenía quitarlo, y precisamente porque convenia no lo han quitado los que han venido después. Y allí se está la tal agricultura, estorbando á más no poder.

¡Oh monumental chirumen de los confeccionadores de planes de estudios! Bien os decimos á todas horas que la misión de la enseñanza es antes bien formativa ó directriz que no instructiva; pero vosotros, erre que erre, os hacéis los sordos, y no solamente queréis que de los institutos salgan unos bachilleres, sino también unos chicos inteligentísimos en el arte de cultivar las tierras: sabios y labradores todo en una pieza.

Y luego dirán, como Pérez Galdós en una de sus novelas, disculpando los novillos de Celipín, que no parecía por cierta parte: — *¡Para lo que he de aprender allí!*

Pero me he equivocado: no lo dice Pérez Galdós, sino uno de los personajes inventados por él.

Resulta, pues, que es injustísimo decir que no se aprende nada en los institutos: hasta enseñan *Agricultura* con un simple libro de tres ó cuatrocientas páginas en 8.º, letra del 9. No se queje nadie, por lo tanto, de si nuestra agricultura está aún como en tiempo del rey Wamba. La culpa no es de los bachilleres, que á principios de junio demuestran saber perfectamente lo que es un azadón, aunque no hayan visto ninguno, y las condiciones que debe tener el suelo para que se den bien las zanahorias.

Pero, hablando en serio, ¡si á lo menos esa enseñanza de la agricultura *intra muros* sirviese para que algunos bachilleres sintiesen vocación para irse á trabajar al campo! Mas no hay cuidado que suceda eso, antes bien los tratados *de re rústica* parecen confirmarles más en la idea



de que no hay cosa mejor que recibir el grado de doctor en cualquier cosa.

El legislador, llamémosle así, que se sacó de la mollera la pistonuda idea de que los chicos de *filosofía* salieran hechos unos agrónomos, me hace el efecto de esos higienistas que quieren desinfectarlo todo con reglamentos, siendo así que no habría mejor higiene que quitar los consumos y construir barriadas de casas para obreros, sin necesidad de gastar ni un céntimo en impresiones ni en ácido fénico.



— ¡Padre, padre!... ¡El jabalí!  
¡Válgame todos los santos!

¡Pues á fe que de alimañas  
estaba el sitio guardado!

¡Por todos los santos del cielo, caballeros, que la segunda enseñanza no es un criadero de sabios, sino una serie de clases de gimnástica intelectual! En Inglaterra, de donde no se dirá que dejen de salir algunos apreciables sabios, como Darwin, Tyndall, Lubbock, Lister, etc., etc., la segunda enseñanza consiste en latín, griego y algo de matemáticas, con mucho *trompis* y mucha pelota y mucho remo; y, sin embargo, la agricultura no deja de hallarse en estado bastante floreciente.

¿Quién podía pensar jamás que plantando majuelos en medio del desierto de Sahara habían de salir viñas? Pues lo mismo es haber plantado la agricultura en medio del Sahara de la segunda enseñanza. La agricultura se aprende en el campo, no entre las aburridas paredes de una clase.

Y lo mismo que decimos de la agricultura podríamos decir de otras muchas *asignaturas*, enseñadas también de una manera puramente *intelectualista*, como dicen.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



## LA ÚLTIMA AVENTURA

**S**EIS meses hacía que no se habían visto, cuando una hermosa mañana de primavera se encontraron de nuevo en uno de los paseos más concurridos de la ciudad. Miráronse atentamente, y, dando expansión á su sorpresa,—¿*Bismarck*?—¿*Petenera*? aullaron á la par.

Siguió á estas palabras el más perruno de los abrazos, cambiado el cual, *Bismarck* exclamó:

—Pero ¿de dónde sales tan malparada? Apenas si puedes sostenerte, tu piel está hecha una criba, andas sin collar, no te quedan más que huesos y pellejo... Malos tiempos habrán corrido para ti.

—Desastrosos. Para ti, en cambio, parece que no han podido ser mejores.

—Regulares. ¿Tienes prisa?

—Ninguna.

—Entonces acompáñame: charlaremos un rato si te place.

—Con mil amores: harto sabes que siempre te he querido bien.

—Ya lo sé, pobre *Petenerita*: por eso he sentido tanta alegría al verte y tanta pena al fijarme en tu precario estado. ¿Quieres que almorcemos juntos?

—Muy agradecido te quedará mi estómago, condenado á forzoso ayuno desde hace tres días.

—Entonces no nos detengamos.

Juntitos y coleando echaron á andar, entregándose ambos á la más deleitosa charla; y, agotado que hubieron el tema de sus pasadas correrías, preguntó *Bismarck* á su compañera:

—Y desde la última vez que nos vimos, ¿qué ha sido de ti?

*Petenera* lanzó un suspiro, agachó la cabeza y murmuró entre dientes:

—¡Si tú supieses!

—Si no me lo cuentas, ¿qué he de saber?

—Ello es que no sé por dónde empezar.

—Por donde tú quieras. Vamos, no te hagas la remilgada.

—Con mi pobre lámina, mal me sentarían los remilgos. Estos podía gas-tarlos en mejores días: hoy...

—Mira, no me lloriquées y vamos á nuestro cuento. ¿Qué ha sido de ti?

—Como sería el relato de mis cuitas el cuento de nunca acabar, empezaré, si te parece, por mi última aventura.

*Bismarck* asintió con expresivo movimiento de cabeza, y *Petenera* prosiguió:

—Francamente, la vida de almacén no me gustaba. Estar todo el día encerrada y sujeta á una cadena, salir en determinadas horas acompañada por un criado zafio que te arrima un palo si te detienes con algún amigo, y andar de noche entre sombras y atenta siempre para no ser sorprendida por



malhechores, era oficio que no me traía cuenta: la nostalgia me roía las entrañas y sólo anhelaba un medio para recobrar mi libertad. Un día se me presentó ocasión para ello y escapé. Fugitiva di con unos chicos que, después de hacerme pasar las de Caín y de robarme el collar, me vendieron á unos gitanos, los cuales á su vez me vendieron también. Era mi nuevo amo un rico caballero que me destinó á guardar el jardín de su hermoso hotel. Allí tenía yo mi casita, mi baño, mis departamentos especiales, buena mesa y mejores amigos. Todos me querían bien: el jardinero, los cocheros, los mozos de cuadra, el portero; cuantos, en fin, vivían entre el hotel y la verja como yo. En



—Menos mal, que está sediento  
y al caldero se ha llegado.

Animal será de paz  
si no hace mayor estrago.

cambio, los *señoritos*, los hijos del amo, me distinguieron desde el primer día con sus más dolorosas caricias, con su más refinado rigor: el uno me tiraba de la cola, el otro de las orejas, éste me arrimaba un puntapié, aquél se distraía haciendo blancos contra mi pobre pellejo; todo lo cual lo hubiera sufrido con mi acostumbrada paciencia si al convertirme en héroe de su juego favorito no me hubiesen sacado de quicio á causa de la continuada tortura á que me sujetaban.

—¿Qué era ello?

—Su afición á correrme: los chicos aquellos se despepitaban por los toros.

—Buena ocasión para cogerlos.

—Eran los hijos del amo.

—Pues mejor que mejor: una buena dentellada á su suave carnadura, y la fiesta hubiera resultado más completa.

—Ensayé la prueba, y por poco me cuesta la vida: á ella debo el lastimoso estado en que me ves. Hará de ello tres ó cuatro días. Andaba yo



paseando por el jardín en amigable plática con un faldero inglés, un pobre-cillo inocentón que nunca saldrá de faldero, cuando armando bulliciosa algarrabía bajaron los chicos al jardín. Apenas los vi me temblaron las carnes, y, sin despedirme del inglés, eché á correr refugiándome en la cochera, que á la sazón se hallaba abierta; precaución infructuosa, pues que á los pocos minutos caía en manos de mis temibles perseguidores. Entre gritos y risotadas me condujeron á una ancha plazoleta del jardín, teatro siempre de sus dramáticos juegos. Encima de un banco descubrí algo que heló mi sangre: era un estoque, algunas banderillas y un trapo rojo. Conocía bien aquellos avíos y me dispuse á morir. Los chicos hablaban entretanto, con grande entusiasmo, de algo que no entendía bien, pero que, sin embargo, aumentaba mi pavor.

Pretendían simular la despedida de un afamado matador, y el señorito (*Frascuelo* le llamaban sus hermanos) se disponía á hacer conmigo lo que el famoso espada con los toros; con menos arte, por supuesto, y, por consiguiente, con mucha más crueldad.

Me capearon como locos, adornaron todo mi cuerpo con infinidad de banderillas, el más chiquito me arrancó una moña que me habían prendido entre ambas orejas ocasionándome las consiguientes rasgaduras, y cuando presumía que, cansados ya de su tarea, iban á dejarme en paz, *Frascuelo* tomó el estoque y con aire de triunfo se me plantó delante. Yo adiviné su intención: aquella acerada hoja pendía sobre mi cabeza con actitud amenazadora. Me rebelé á morir, y, arremetiendo con rabia, derribé al suelo á mi obstinado enemigo.

—¿Le derribaste sólo?

—Algo más hice: exasperada por el dolor de mis heridas, taladré su carne con mis dientes. Creo que le partí aquella mano que con tanta gallardía manejaba el acero.

—Bien hecho.

—No digas tal: ¡nunca jamás mostrara con aquel niño mi rigor! Apenas le hube derribado, una lluvia de palos, de silletazos y de puntapiés me recordó mi perra condición y hasta sentí no haberme resignado á morir.

—Por necia lo merecías.

—En mi lugar, ¿qué hicieras tú?

—Primeramente no dejarme robar por chicos ni gitanos, conservar mi libertad, vivir vida independiente, no resignarme á ser esclavo por no tomarme la molestia de procurarme un hueso que roer...

—Lo difícil está en encontrar el hueso.

—Se busca,—repuso *Bismarck* con arrogante autoridad.

Silenciosos y cabizbajos anduvieron algunos momentos, cuando de pronto una gritería extraordinaria que partía de un lado del paseo llamó su atención.

—¿Qué será?—observó *Petenera*.

—No sé: vamos á ver,—repuso *Bismarck*.



Apresuraron el paso, pero antes de penetrar entre el grupo que tal alboroto promovía retrocedieron escapando á todo correr. Los *laceros* estaban allí, en espera de *presa*, y los chicos movían grande algazara cuantas veces aparecía á su vista un can.

Aquella obligada correría acabó con las escasas fuerzas de *Petenera*, que, rendida de fatiga, cayó sin vida en medio del arroyo.

*Bismarck* quiso permanecer unos instantes al lado de su infeliz amiga, pero el temor de ser alcanzado por los *laceros* le hizo desistir de su plan.

—Es preciso ser cauto y precavido en todo,— se dijo sentenciosamente á sí mismo.—El haber sido sobrado condescendiente y confiada le cuesta la vida á esta infeliz.

Miróla por última vez, y con aire triste pero resuelto continuó su marcha, hasta llegar á un merendero, donde solía ser muy agasajado cuantas veces se presentaba á él.

No sé si comió con poco ó buen apetito: lo que sí puedo aseguráros es que *Bismarck* discurrió muy acertadamente al juzgar á *Petenera*. La precaución es la más positiva de las virtudes. La condescendencia ilimitada es, en cambio, un arma mortífera esgrimida siempre en perjuicio del que la ejerce.

TRINIDAD DE LA ROSA

---

## EL NUMERO 105

---

(Á MI QUERIDA PRIMA PEPITA OLMOS)

EN la cama número 105 del hospital la conocí. Era una niñita pequeña, poco desarrollada. Contaba ya doce años mermaditos por la enfermedad; pero su rostro era tan simpático que, á pesar de la palidez y lo sucio de él, daba gozo mirarle.

Yo simpatiqué pronto con ella.

Un día le llevé bizcochos, y, agradecida, me contó su historia; una historia de llanto y orfandad, contada á tropezones. No había conocido á sus padres. Vagando por las calles había ido viviendo del mejor modo posible, que siempre era malo. Por espacio de dos meses había servido de *gancho* á una colección de comerciantes de la caridad pública. Ella sabía implorar una limosna con voz tan dulzona y suplicante que rara vez no conseguía que le dieran algo, y esto era de gran mérito para los mendigos, que solían agradecerle su maña y forzosa falsedad con algunos pescozones que hacían brotar el llanto de aquellos ojos redondos y claros que cuando miraban ponían ganas de llorar con su ternura. Después de existencia tan poco grata la chicuela halló ocasión para evadirse del poder de sus verdugos, y, acompañada de otros mendigos de su edad, vivió la vida de la miseria, considerándose feliz cuando podía contar con los quince céntimos indispensables para dormir bajo techado sobre unas esteras que ella creía blando lecho de plumas. Me dijo que aquella fué la época más feliz de toda su vida, porque los mendigos no la obligaban á decir *mentirotas*; y



cuando estas palabras dijo, su rostro se oscureció, y sus labios, contraídos por el dolor de tan tristes recuerdos, formularon una tan dolorosa sonrisa, que á mí, que estoy avezado al sufrimiento, no pudo menos de impresionarme.

Su historia terminó de este modo:

Una tarde (hacia de esto pocos días) corrió por calles y plazas pidiendo limosna sin conseguirla, y vió llegar la noche, parada en una acera, muda é inmóvil, con los ojos fijos en los que cruzaban por su lado. La pobrecilla, no sabiendo dónde dormir aquella noche, echó á andar hacia el puerto. Allí, sobre unos tablones, se acostó; pero á media noche ocultóse la luna, comenzó á diluviar y no tuvo más remedio que correr en busca de techado.



— ¡Eh, que se va á las patatas,  
y este ya es más fuerte caso!

¡Comilón de los demonios,  
qué banquete te estás dando

¡No encontró donde guarecerse! Impasible y acostumbrada á sus desdichas, resistió el aguacero, sintiendo, según decía, «un frío grande... ¡muy grande!... y un miedo... ¡qué miedo!» Lástima me dió el oírlo. Cuando cesó el temporal no podía respirar y la voz se le oscurecía por momentos hasta el extremo de no oírse á sí misma.

Ella sabía que existían unas casas donde curaban á los pobres, pero sabía también que todos tenían miedo de ir á parar allí; por lo que, sin poderse explicar la razón, sintióse presa del terror cuando un guardia, al mirarla tendida en el arroyo, la recogió diciendo: —Al Hospital.

En él estaba algunos días sin haber podido mejorar de la pulmonía que trataba de concluir con su existencia.

Desde el día en que me contó su historia con estropajosa lengua y mirándome fijamente, no se apartaba su recuerdo de mí; y hoy, al cabo de un año, todavía me parece estarla viendo sonreír al propio tiempo que alargaba sus pequeñuelas manos para coger los bizcochos que devoraba con glotonería insaciable. La hora en que yo la veía era por la mañana. Una de tantas entré en la sala y vi que la cama número 105 estaba vacía. Qué significaba aquello pregunté á una hermana de la Caridad, y me dijo que la habían dado ya de alta.

—¿Es decir que se ha marchado?—pregunté yo, atónito ante tan inesperada sorpresa.

—Sí, señor.



—Y ¿no ha dejado nada para mí?

—No, señor.

Una sensación de frío corrió por mi ser. ¿Por qué? No sé... pero yo no podía creer que *la nena*, como yo la llamaba, se olvidara de mí en aquellos instantes. Más, no lo creí: me dolía extremadamente su olvido.

Poco duró mi pena. Al salir del hospital escuché tras de mí una vocecilla fresca y retozona. Era *la nena*. Me estaba esperando para despedirse.

—¿Qué vas á hacer ahora?—le pregunté.

Ella, por toda contestación, se encogió de hombros devorando los bizcochos que yo le



(Pausa larga. El jabali sigue dándose el hartazgo,

y hasta el fondo del puchero va comiendo y va minando.)

llevaba. Después... ¡ah! después me cogió la mano, la besó y prestóse á admitir dos duros que le di para que se dedicara á cualquier pequeño negocio callejero. Dijo que vendería periódicos y cerillas. ¡Dios quiera que aquel ángel, mártir ya en su tierna edad, no lo haya sido después de las mil desdichas que nos acechan en el mundo; y Dios quiera también que jamás se vea, como la vi, en un hospital, sin más nombre que el número!

¡¡El 105!!

LUIS DE VAL

## EL INSTINTO DE IMITACION

### I

ENTRE los infinitos animales que forman la escala zoológica, hay algunos que están tan íntimamente ligados al hombre, que hacen vida común con él y le siguen en toda su existencia.

Hay, entre los que pudiéramos llamar *de adorno*, uno que se ve con alguna



frecuencia en los balcones de las casas, atado con una cadena, sobre el cual voy á fijar vuestra atención, queridos lectores.

Supongo que ya habréis acertado qué animalejo es éste; pero, por si no lo supierais, yo os diré que hago referencia al mono.

No quiero llenar vuestra cabeza de nombres latinos para daros á conocer el orden, familia, etc., á que pertenecen y con que se les conoce en Zoolo-gía, que es la parte de la Historia Natural que tiene por objeto el estudio de los animales. Sólo si he de manifestaros que el mono es un animal que tiene desarrollado como ningún otro el instinto de imitación, es decir que obra en su interior una fuerza tal que le obliga á ejecutar todo aquello que ve con la misma precisión é igual riqueza de detalles que pudiera hacerlo la persona más inteligente.

Esta imitación que hace el mono de los actos del hombre, unas veces favorece á éste y muchas le perjudica.

Un ejemplo para cada uno de estos casos os citaré.

En los países donde los monos existen á bandadas, el hombre se utiliza de ellos fomentando ese deseo de imitar que tienen. Para ello sube una persona á los árboles de donde cogen los frutos, quita la suficiente cantidad de éstos para llenar un cesto, y bájase dejando al pie del árbol cuanto ha cogido. Se esconde, y en seguida un número crecido de monos trepan por las ramas, despojan al árbol de sus frutos y van colocando éstos en los receptáculos que el hombre dejó alrededor del árbol. Una vez hecho esto, huyen, y entonces no le queda al hombre que hacer otra cosa más que llevarse todo aquello que los imitadores recogieron con afán y ligereza prodigiosa.

Ya habréis oído decir, y lo diréis vosotros mismos, carísimos lectores,—Fulanito ó Menganito es un mono de imitación,—refiriéndoos á aquellas personas que ejecutan actos idénticos, ó cuando menos muy parecidos, á los realizados por otros sujetos, sin tener ellos por sí iniciativa para nada.

Como el mono todo lo imita, claro es que tiene que hacer cosas buenas y cosas malas. En la sociedad presente, por nuestra desgracia, los malos hechos superan con mucho á las acciones buenas, y, siendo esto así, ¡calculad vosotros cuán perjudicial será el mono para la humanidad!

Para que veáis de modo bien palmario lo que puede en el mono el instinto de imitación y lo perjudicial que es en el hogar doméstico, voy á contaros una historia que es el retrato fiel de un hecho acaecido en un pueblo de la Mancha.

## II

Vivía en dicho pueblo, cuyo nombre no hace al caso, un matrimonio joven, al que había regalado, un amigo del marido que viajó por África, un mono chiquitín, que fué creciendo hasta hacerse bastante grande, merced á los cui-



dados de la señora, que, á falta de hijos, tenía puestos los ojos en el repugnante animalejo.

Celebraba muchísimo su dueña las gracias del monito, y éste pasaba la vida tan bien que muchas personas envidiaban su suerte. Nada hacía su ama que él no repitiera al instante: el mono planchaba, el mono lavaba, el mono barría; porque veía barrer, lavar y planchar en casa de sus dueños.

De cuando en cuando se incomodaba el animalito y mordía á cuantos ha-



— ¡Corred, padre, que la bestia  
tiene el puchero calado!

Tanto hurgó y se metió en él,  
que no puede ahora soltarlo.

llaba cerca de sí, por cuya hazaña en más de una ocasión fué condenado por su dueño (aunque con pena de la esposa) á encierro, sin más alimento que pan y agua. Pero esto sucedía pocas veces, porque *Macaco* (que así se llamaba el mono) observaba, en general, buena conducta; por lo cual gozaba de la más absoluta libertad, recorriendo toda la casa, unas veces por el suelo y no pocas por los tejados.

Quiso Dios que aquel matrimonio tuviera un hijo, y con tal motivo el ascendiente que con aquellos señores tenía *Macaco* había de debilitarse necesariamente. Sin embargo, la señora de la casa, aunque adoraba á su hijo, no se olvidaba de *Macaco* y consentía á éste que estuviera junto á la cuna y hasta que meciera al niño alguna que otra vez; porque, como eso lo hacía su ama, tenía él que hacerlo también. Cuando el chiquitín no callaba en la cuna, su madre le cogía en brazos y lo paseaba, todo lo cual observaba con atención el mono.

Un día la madre del niño casi recién nacido dejó á éste en la cuna durmiendo y salió de la habitación á dar órdenes á sus criados. Cuando volvió la cuna estaba vacía.

¿Cómo pintaros yo los gritos de dolor de aquella madre cariñosa?



Su primer pensamiento fué llamar á su esposo y á cuantas personas había en la casa. Todos acudieron presurosos, pero ninguno se daba cuenta de aquella repentina desaparición.

De pronto aquella madre angustiada comenzó á decir:

—¡Ese *Macaco*! ¿Dónde está el mono? ¡Ese se ha llevado á mi hijo!

Todos salieron en busca del dichoso *Macaco*: unos con escopetas, otros con palos, y los más con piedras.

En el tejado más alto de la casa vieron al mono con el niño en brazos y paseándolo lo mismo que había visto hacer á su dueña tantas veces.

Ya podéis, mis camaradas, presumir cuántas serían las exclamaciones y amenazas de todos los que perseguían al mono. Pero ¿quién le tiraba una piedra? Podían herir al niño. Correr tras de él ó asustarle sería una temeridad, porque en la huída arrojaría la criatura.

El padre del niño tuvo una idea feliz, fundada en el instinto de imitación de *Macaco*. Para realizarla sacaron la cuna del niño á un punto donde el mono la viera, se hizo con ropa blanca un muñeco á semejanza de una criatura, y la madre lo colocó cuidadosamente en la cuna. Todo esto fué visto y observado por *Macaco*.

Apenas se alejaron un poco de la cuna todos los que trataban de engañar al mono, bajó éste del tejado y dejó al niño, que ya lloraba amargamente, en la cuna con exquisita solicitud.

No bien dejó el mono al niño en la cuna, todos sus perseguidores se precipitaron sobre él, muriendo el infeliz *Macaco*, víctima de su instinto de imitación.

J. M. BONILLA FRANCO

---

## LOS JUEGOS DE LA INFANCIA

---

(Á MI QUERIDO CONDÍSCIPULO EMILIO DÍEZ)

**N**UNCA hemos podido escuchar sin conmovernos las infantiles voces de los niños cuando, entregados á sus juegos, cantan, ríen y alborotan con esa encantadora libertad de espíritu propia de seres á quienes sonríe la vida. Esos grupos deliciosos de niñas de cuatro á diez años que cogidas de la mano forman un corro encantador á que los antiguos lacedemonios daban el nombre de *hormus aureo* (collar de oro), compuestos de preciosas criaturas con lindas cabecitas rubias ó morenas, de ojos vivos y boca de grana y perlas, parece un hermoso plantel de jóvenes rosales que con suave aroma han de perfumar un día la existencia de cuanto esté á su alrededor.

En todos los pueblos de España esta clase de juegos tienen algo de tradicional que, habiendo pasado de generación en generación, conserva, sin em-



bargo, una pureza primitiva que ni las modificaciones del lenguaje ni los adelantos de la civilización han llegado á borrar por completo.

Una hermosa y perfumada tarde del mes de mayo, y bajo copudos árboles, grupos distintos de niñas hechiceras, bellas como lo es la inocencia, risueñas como la misma alegría, con sus sedosos cabellos agitados por la brisa primaveral, ríen, juegan y se agitan de mil modos. Sirve de rico y espléndido marco, á este cuadro encantador, el sol, cuyos dorados rayos parece que se detienen, complacido en acariciar aquellas cabezas de querubines.



—¡Aguarda, que será nuestro  
tan sólo de un garrotazo!

Echa á correr, mas no importa:  
se va á estrellar contra un árbol.

En cada grupo las niñas entonan diferentes canciones, formando la más deliciosa confusión.

Imposible es describir todo el encanto que se desprende de tan bello desorden, el cual se asemeja al gorjeo de miles de pájaros de cantos diferentes. La dorada mariposa, en sus múltiples y rapidísimos giros, representaría la calma comparada con la volubilidad con que aquellas niñas pasan de unos juegos á otros.

En derredor de esta bulliciosa alegría se destaca la mirada tranquila de las madres, que sonrientes contemplan aquella espléndida aurora de la existencia, formada por pedazos de su mismo ser.

Los niños son las flores animadas que esmaltan la pradera de la vida: son la gracia, el candor y la debilidad. Los juegos de la infancia representan los recuerdos más gratos. A ellos va unido el más santo de los cariños: ¡el cariño de nuestra madre! Se borrarán de nuestra memoria las tumultuosas aspiraciones y deseos que tuvimos en la adolescencia, las arrolladoras pasiones de la juventud, y la ambición sentida en la edad madura; pero en la calma de la vejez no podremos manifestar indiferencia por aquello que nos recuerda ¡los juegos de nuestra infancia!

LUIS ESCACENA



## LA SIESTA DE JUANITA

(Traducción libre de una poesía de Víctor Hugo dedicada á su nietecita)

Al mediodía su breve siesta  
suele Juanita siempre gozar;  
porque los niños, más que los hombres,  
tienen del sueño necesidad.  
¡Triste es la tierra después que el cielo  
acaba el niño de abandonar!  
Quiere el infante ver los querubes,  
sus camaradas que dejó allá,  
y en el espacio, por Dios movidos,  
sus tiernos brazos buscando van.

¡Oh! ¡Qué sorpresa nos causaría  
profundo arcano poder sondear  
del dulce sueño de un tierno niño  
cuando tranquilo durmiendo está!  
Esos paraísos entre tinieblas,  
esa de estrellas inmensidad,  
esos querubes y resplandores  
que el ancho espacio surcando van...  
¡Dormid tranquilos, ay! ¡Dormid, niños,  
que no está lejos el despertar!

Al mediodía, cuando los rayos  
del sol calientan hasta abrasar,  
cuando indolente Naturaleza  
al mediodía dormida está;  
callada el ave yace en su nido,  
cesan las hojas de susurrar:  
del sueño entonces mi dulce Juana  
breves instantes disfrutará;  
tan sólo entonces también su madre  
breve descanso puede gozar,  
que el cuidar flores también fatiga  
y, pobre madre, no puede más,  
que es un diablillo mi nietecita,  
mas ¡es tan mona y angelical!...

Tranquilos duermen, que son muy bellos  
sus piecitos de incierto andar.  
Azules gasas, cual tenue nube  
de suave encaje, flotando van

sobre la cuna donde mi Juana,  
cual un querube, dormida está.  
Entre las gasas al contemplarla,  
ver nos parece luz celestial,  
rosada estrella que entre neblina  
muy tenue brilla sin deslumbrar.  
Astro pequeño es mi Juanita:  
por ser pequeño, más bello está.  
La contemplamos, nos sonreímos,  
negra tristeza no existe ya;  
que estando al lado de serafines  
no puede el hombre triste penar.  
Su misma sombra quiere adorarla,  
su aliento el aire quiere guardar  
y no se agita porque su soplo  
le robaría felicidad...

Mas, de repente, dentro la casta  
humilde alcoba de la mamá,  
abre sus ojos la hermosa niña,  
su picarilla pupila ya  
va derramando en torno suyo  
toda la gracia que en ella hay.  
Estira un brazo, sus pies agita...  
Ya se sonríe... ¡Qué hermosa está!  
Ya nuestras frentes presto se inclinan  
sus tiernas gracias á contemplar.  
Juana gorjea viendo á su madre,  
y ella gozosa no acierta á hablar:  
mira al infante que Dios le ha dado,  
no halla palabras para nombrar  
á su alegría, á su esperanza,  
á su ángel bello, flor celestial.  
—¡Horror!—le dice.—¡Ya has despertado?  
¡Horror! ¡Qué fea despierta estás!—  
Mueve los brazos la hermosa niña:  
dulce sonríe: quiere abrazar  
á su mamita, que ya la besa,  
que en su regazo la estrecha ya.

PEDRO GARRIGA PUIG

## LORENZO EL PEREZOSO

(Continuación)

Muy satisfecho de su resolución, compró nueces y se sentó en la cuadra de la posada para romperlas más cómodamente. Mientras las comía oyó la conversación de los mozos de establo y los postillones. Sus palabrotas, sus juramentos incesantes, le chocaron por de pronto, porque, aunque perezoso, no era aún ni perverso ni grosero. Pronto se familiarizó, sin embargo, con su ex-



traño vocabulario y cobró gusto á sus juegos, á sus disputas y á sus camorras. Tan perfectamente se acostumbró á aquel género de vida que no tardó en concurrir diariamente al establo y en hacer del patio de la posada su habitual estancia. Allí encontró un lenitivo al fastidio que experimentaba no haciendo nada. Sin interrupción, en efecto, asistía, con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, á los actos de maldad de los postillones y zagales. Aquellos hombres que siempre estaban cantando, jurando, blasfemando y aullando, se familiarizaron con él, y para completar su ruina trabajó



—¿No lo dije? De testuz  
ha dado contra el castaño.

¡Garrotazo que te crió,  
y le tenemos cazado!

grande intimidad con el mozo de cuadra que había sido su primer compañero de juego, todo un perillán.

Ya veremos más adelante cuáles fueron las consecuencias de esta amistad. Tiempo es ya de que volvamos á nuestro amigo Juan.

Un día que acababa de terminar su tarea, le rogó el jardinero que permaneciera algunos minutos más para ayudarle á llevar unas macetas de geranios al salón. Juan, siempre activo y servicial, obedeció al punto, y, como llevaba un tiesto muy pesado, en el momento en que su ama entraba en la sala,

—¡Cuánta basura estáis dejando!—dijo.—¿No os habéis, pues, limpiado los pies en la estera de paja?

Juan se volvió para buscar la estera, pero no la encontró.

—¡Ah!—repuso la señora reuniendo sus recuerdos.—No puedo reñiros por eso, porque no hay estera.

—No, señora,—repuso el jardinero.—Ya debéis acordaros de que el espartero á quien se la encargasteis no la ha traído.

—Pésame de veras,—dijo la señora.—Quisiera encontrar quien me hiciera una, no importa cómo, mientras pudiese servir para enjugarse los pies.



Juan oyó aquellas últimas palabras mientras quitaba el barro, y se dijo para sí:

—Yo podría muy bien hacer una estera.

Por la noche, al retirarse á casa, pensaba cómo podía componérselas para salir de su empeño, pensando que con paciencia y destreza era dable vencer todos los obstáculos y salvar todas las dificultades.

Recordó que la primera vez que había visto á Lorenzo tendido cerca de un tal divertíase en romper una rama de brezo en muchos pedazos. Parecióle



—Á casa con el difunto,  
chiquillo, y á paso largo,

y, en cambio de las patatas,  
tú verás qué gran bocado.

que si podía procurarse ramas parecidas le sería fácil hacer una linda estera verde que sería muy buena para enjugarse los pies. Rememoróse entonces que el día que había ido á buscar á casa del colono Truck la fresa gigante, había visto, á una milla de la casa de su madre, gran cantidad de brezos. Como no eran más que las seis de la tarde, calculó que tenía tiempo de ensillar á *Pie Ligero*, ir á hacer su provisión de brezos y ensayar su habilidad antes de acostarse.

*Pie Ligero* le condujo muy prestamente. Juan cogió tantos brezos como pudo llevarse; pero ¡cuántas penas, cuántas dificultades experimentó antes de llegar á tejer algo que se pareciese á una estera! Veinte veces estuvo á punto de dar de mano á los brezos y abandonar su proyecto: tantos desengaños experimentó; pero, no obstante, perseveró, sabiendo bien que no puede realizarse ninguna obra importante sin que cueste pena y trabajo.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. Ancha de San Bernardo, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA